

John Train: el retrato de un 'sicario económico'

por Jeffrey Steinberg

José Piñera, quien fue ministro del Trabajo y de Minería durante el régimen fascista del dictador chileno Augusto Pinochet, además de arquitecto del robo mayúsculo de las pensiones de los trabajadores, tiene amigos en los altos niveles de la élite angloamericana, a pesar de haber participado en un régimen vilipendiado en todo el mundo por sus crímenes de guerra.

En el sitio electrónico de su International Center of Pension Reform (Centro Internacional para la Reforma de las Pensiones, en www.josepinera.com), Piñera describe una visita que hizo a la ciudad de Nueva York el 11 de septiembre del 2002, auspiciada por su querido amigo, banquero de Wall Street y espía angloamericano John Train:

“En la Casa Pulitzer: hoy me uní a los neoyorkinos en el Parque Central, en una conmovedora ceremonia para conmemorar el terrible ataque del 11-S. Ahí, Meryl Streep recitó ‘Lincoln’ de Copland, y hubo una gran orquesta. Gracias a la generosa hospitalidad de mi amigo John Train, un escritor, inversionista y hombre renacentista, me quedé tres semanas en el departamento de huéspedes de su casa en la calle 73 y la Quinta Avenida. No sólo es una casa muy bella, y no sólo está cerca del maravilloso Parque Central, sino que también es a prueba de ruido; una bendición, en especial en Nueva York. . . Hubo muchas reuniones y conferencias interesantes, y la principal fue la de Amigos de la Asociación de Política Exterior. El Instituto Manhattan amablemente me dio una oficina y todo su apoyo”.

El fascista Piñera no sólo es amigo íntimo de John Train. Piñera y Train son socios en una red de fondos buitres que ha obtenido pingües ganancias del saqueo del sistema privatizado del Seguro Social de Chile. Train también aparece como director de Genesis Holdings International Limited, y de su Genesis Chile Fund Limited. Piñera es asesor de la directiva, y hasta el 2 de diciembre del 2004 fue director de Genesis Emerging Markets Fund Limited.

Para el 2002, el Genesis Chile Fund era el fondo de inversión extranjera más grande de Chile, dueño de buena parte de uno de los mayores fondos de pensiones privatizados chilenos: AFP Provida. En un boletín de prensa del 10 de diciembre del 2004, difundido por la bolsa de valores chilena, Genesis Chile anunció que estaba explorando formas de retirar capital

de inversión de los mismos fondos privados de pensiones en los que tiene inversiones.

A Genesis Chile le ha ido espectacularmente bien saqueando al pueblo chileno. En el año fiscal que terminó el 30 de septiembre del 2004, el fondo informó de un aumento impresionante de 35,8% en el valor neto de sus activos y, en la última década, un aumento del 1.000%. En el mismo período, a los pensionados chilenos les han robado en despojado, dejándolos sin un quinto.

La ficha de Train

Sus admiradores han descrito a John Train como “el último de los espías de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos, predecesora de la CIA) en Wall Street”, y como un “banquero honorable que ha puesto su dinero en servicio de la democracia social”. El escritor John Perkins —quien en estos momentos es todo un éxito de librería— describiría con mayor precisión a John Train como uno de los principales “sicarios económicos” del mundo.

Ciertamente las huellas de las garras de Train pueden encontrarse en algunas de las peores empresas criminales de las décadas de la posguerra, entre ellas el fiasco del “Gobierno secreto paralelo” de Reagan y Bush de los 1980, la campaña criminal para asesinar o encarcelar a Lyndon LaRouche, y el plan de guerra cultural conocido como el Congreso a Favor de la Libertad Cultural. Algunos de los socios más antiguos e íntimos de Train, como el finado sir James Goldsmith, han estado implicados en programas secretos de asesinatos en África, en el tráfico clandestino de armas entre Oriente y Occidente, y en el asesinato del primer ministro sueco Olof Palme en 1986. Las propias conexiones de Train con los círculos del “Cartel Europeo de las Armas” que estuvieron detrás del asesinato de Palme, son directas.

Aunque vive en la ciudad de Nueva York, John Train de hecho es un orgulloso miembro de la oligarquía anglófila, a la cual el presidente Franklin Roosevelt atacaba como los “torios americanos”. Siendo alumno de Harvard, Train irrumpió en las celebraciones de la cabalgata de Paul Revere para alertar a los patriotas norteamericanos de la llegada de tropas británicas, tomando la plataforma vestido con un uniforme de casaca roja británico, con todo y peluca. La fortuna de la familia de Train en gran medida vino de las ganancias que en el siglo 19 hizo Enoch Train and Company, una firma de navíos de carga que fue socia menor de la Compañía de las Indias Orientales británica en el comercio de opio en el Lejano Oriente. El abuelo materno de Train fue socio fundador de JP Morgan.

Nacido en 1928, John Train fue educado en Groton, Harvard y La Sorbona. En 1951 Train fundó el *Paris Review*, un proyecto del frente de guerra cultural de la posguerra de la comunidad de inteligencia angloamericana: el Congreso a Favor de la Libertad Cultural. Sadruddin Aga Khan, el director de *Paris Review*, era compañero de cuarto de Train en Harvard. La revista patrocinaba a desechos de la perversión cultural fabiana tales como el poeta y agente de la inteligencia

británica W.H. Auden; el espía y literato británico Stephen Spender; el promotor británico de la contracultura Aldous Huxley; el propagandista a favor de Weimar Christopher Isherwood; y Archibald MacLeish.

Fue en este período en París que Train estableció sus lazos íntimos con sir Jimmy Goldsmith y su hermano Edward. Hasta su muerte hace unos años, sir Jimmy tenía contacto semanal con Train, quien se dice administraba parte de su enorme fortuna.

En 1956 Train regresó a los Estados Unidos, donde trabajó dos años para el especulador de Wall Street, Imre de Vegh, antes de crear Smith Train Counsel, su fondo privado de inversiones.

Un indicio de los fuertes vínculos de Train con lo más rancio de la oligarquía financiera europea, es que en 1984 parte de Smith Train Counsel fue comprada por English Associate Trust de Londres, que a su vez era una subsidiaria del gigante banquero sueco PK Banken, una empresa conjunta del Gobierno sueco y el infame Erik Penser. Como uno de los accionistas mayoritarios del componente sueco del “Cartel Europeo de las Armas”, Bofors/Nobel Industries, Penser estuvo bien metido en tratos sucios de armas en el conflicto entre Oriente y Occidente, en medio del asesinato de Palme. Como parte del trato, Train pasó a la directiva de PK Banken.

Asesinatos, S.A., de los 1980

John Train es conocido en Wall Street por las inversiones de sus *fondi* privados, a nombre de importantes oligarcas europeos y angloamericanos. Además de los Goldsmith, Train es el supuesto administrador de los fondos de Maurice “Hank” Greenberg, el jefe del American International Group (AIG), la megaaseguradora que estuvo detrás del derrocamiento de Ferdinando Marcos en las Filipinas en la era de Reagan.

Train también es famoso por una serie de libros en los que difunde los métodos para “hacerse rico pronto”, de especuladores tales como el aliado de George Shultz y padrino de Arnold Schwarzenegger, Warren Buffett, y del gurú del Magellan Fund, Peter Lynch.

Pero el verdadero John Train, fiel a su fama de “espía”, es uno de los principales participantes de una de las operaciones secretas más sucias e infestadas de drogas de las últimas décadas.

En enero de 1983, como parte de la creación del “Proyecto Democracia” de la era de Reagan, el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional y ex funcionario de la CIA, Walter Raymond, redactó la Directiva de Seguridad Nacional 77 (NSDD-77), misma que fue aprobada por el presidente Ronald Reagan, creando así uno de los componentes secretos clave de lo que vino a conocerse como el “Gobierno secreto paralelo” del Irán-*contra*. La NSDD-77 engendró al “comité ejecutivo de donantes privados”, cuya función era reunir a un grupo de peces gordos financieros anglófilos, y a algunos de los principales fanáticos de la Guerra Fría, quienes financiarían y dirigirían un programa de operaciones globales secretas



El banquero y “sicario económico” de Wall Street, John Train, en una foto de la portada de su libro The Craft of Investing.

en Centroamérica, África, y Asia Central, que fomentaría el caos y el genocidios, y regaría miles de millones de dólares en drogas ilegales en las calles de los EU.

El equipo de “donantes privados” incluiría a los viejos aliados de Train, entre ellos al fundador de la Freedom House, Leo Cherne, al espía neoconservador de segunda generación Roy Godson, y a los financieros británicos Rupert Murdoch y sir Jimmy Goldsmith.

Train desempeñó una función muy importante en dos de las empresas ilegales más sucias del Proyecto Democracia. Fue nombrado director del Comité de Ayuda Afgana (ARC), un frente propagandístico y de “correo de dinero” para los *muyahidines* afganos, reclutados para combatir al Ejército Rojo soviético en Afganistán. El ARC de Train se alinearía con uno de los principales jefes militares afganos, G. Hekmatyar, quien fue un personaje importante en la conexión de contrabando de opio del “Creciente Dorado” que invadió los mercados estadounidenses y europeos con heroína en los 1980.

Atrapan a LaRouche

Pero la acción más vil de Train a favor de la oligarquía angloamericana fue su participación a mediados de los 1980

en la trampa política e intento de asesinato contra Lyndon LaRouche. En nombre del equipo de Walter Raymond en el Consejo de Seguridad Nacional, a Train le asignaron la tarea de dirigir una campaña ilegal de difamación en los órganos de difusión de los EU, en preparación para la enorme redada que realizaron contra las oficinas y empresas asociadas con el precandidato presidencial del Partido Demócrata, Lyndon LaRouche, así como la casa donde se encontraba.

George Shultz y Henry Kissinger la tomaron contra LaRouche desde los 1970, por sus esfuerzos para lograr un nuevo orden económico mundial más justo que remplace al quebrado sistema que siguió al de Bretton Woods.

Pero el frenesí de “atrapen a LaRouche” llegó a su clímax cuando el 23 de marzo de 1983, en un discurso televisado a nivel nacional, el presidente Reagan hizo suyo el plan de LaRouche de emprender una Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) en colaboración con la Unión Soviética y los aliados tradicionales de los EU, para así ponerle fin a la Guerra Fría.

Fue un mes antes del discurso de Reagan sobre la IDE, que Train tuvo una reunión de trabajo en su casa de Manhattan con 25 personalidades de los órganos de difusión, representantes del equipo secreto de la Casa Blanca de Reagan, el miembro del comité de donantes Richard Mellon–Scaife y agentes federales, para urdir la ambiciosa ofensiva propagandística de “atrapen a LaRouche”.

En el transcurso del siguiente año, literalmente metieron docenas de artículos difamatorios en los principales órganos estadounidenses, desde el *The New Republic*, hasta el *Wall Street Journal* y el *Washington Post*. Cuando la operación de Train fue descubierta, sus participantes, como Pat Lynch de la televisora NBC, corrieron el riesgo de ser acusados de perjurio con tal de encubrir a Train.

El 6 y 7 de octubre de 1986 más de 400 agentes federales, estatales y locales llevaron a cabo una redada en las oficinas de LaRouche en Leesburg, Virginia, y en la casa donde él estaba. Fue sólo con la intervención de amigos de alto nivel de LaRouche en el Gobierno estadounidense y en la comunidad de inteligencia, que pudo evitarse un asesinato. En diciembre de 1988 LaRouche fue condenado en un juicio apresurado en una corte federal de Alexandria, Virginia, y el mes siguiente enviado a prisión, en lo que el ex procurador general Ramsey Clark calificó de el peor caso de abuso judicial que jamás haya visto.

Nota: ocho meses antes de la redada de Leesburg, los “amigos” europeos y sudafricanos de John Train asesinaron al primer ministro sueco Olof Palme. Aunque luego saldrían a la luz pruebas vinculando a los mercenarios sudafricanos financiados por sir Jimmy Goldsmith con el asesinato de Palme, la maquinaria propagandística de Train vomitó una serie de historias culpando a colegas de Lyndon LaRouche del mismo.

Así se las gastan los “sicarios económicos” y sus “chacales”.

José Piñera es el arquitecto de la ‘sociedad de propietarios’ de Bush

por Cynthia R. Rush

A José Piñera, el arquitecto de la privatización del Seguro Social de Chile en 1981, le gusta jactarse de que es un “paladín de la libertad”, cuyo único objetivo es ayudar a los pobres a mejorarse enseñándoles a valerse por sí mismos y a sentirse orgullosos de ser “dueños” de sus asuntos. En los cientos de artículos de autoelogio que colman su página electrónica, cita la Declaración de Independencia de los Estados Unidos afirmando que la privatización del sistema de pensiones es “de veras congruente con las ideas de los padres fundadores de América”. En un editorial de 1998 que escribió para su publicación de internet *Economía y Sociedad*, tuvo incluso la desfachatez de usar la cita de Benjamín Franklin de que la “rebelión contra un tirano es obediencia a Dios”, para justificar el sangriento golpe militar de 1973 contra el Gobierno del presidente Salvador Allende, el cual contó con la venia de los EU.

¿“Congruente con las ideas de los padres fundadores de América”? Dejemos esto en claro. Piñera es un fascista cuya privatización del Seguro Social y otras reformas librecambistas fueron impuestas por la fuerza durante su gestión como ministro del Trabajo y luego como ministro de Minería, bajo la brutal dictadura de Pinochet (1973–1990) y sus escuadrones de la muerte de la Operación Cóndor. Por mucho que trate de presentarse como un mero economista y académico que se opuso a la tortura y a lo que llama los “excesos” del régimen de Pinochet, la verdad es que justificó y apoyó el golpe de 1973, y la imposición de la austeridad schachtiana que le siguió y que devino en el distintivo del “milagro económico” chileno.

Éste es el modelo *antiamericano* que los padrinos de Bush quieren imponerle a los EU hoy. Lo que el fanfarrón de Piñera llama “libertad” es en realidad la noción bestial abrazada por John Locke —a quien el servil Piñera adula como ese “gran pensador político británico”— de los “derechos de propiedad” y la avaricia personal. No hay nada que Piñera haya hecho o proponga hacer, que refleje ni remotamente los principios leibnizianos de la “búsqueda de la felicidad” y de la defensa del bienestar general que la Declaración de Independencia y el preámbulo de la Constitución de los EU enarbolan.

Dondequiera que han aplicado el modelo chileno—8 paí-



José Piñera, ex ministro del Trabajo y de Minería con Pinochet, y arquitecto de la desastrosa privatización del Seguro Social en Chile. (Foto: www.eumed.net/coursecon).

ses de Iberoamérica y varios de Europa Oriental— ha fracasado de forma miserable, acarreándole una gran pobreza a sus víctimas: los trabajadores. Como le dijo un sindicalista boliviano a esta autora, la privatización del sistema previsional en aquél país, se hizo “al estilo de Al Capone” para robarle sus fondos de pensión a los trabajadores.

Desenmascaren el fascismo

Por eso Piñera se ha hecho tan amigo —además de socio financiero— de John Train, el sicario político y económico que por décadas ha trabajado en favor de Wall Street y los intereses angloamericanos, y en contra del sistema político estadounidense. Con el apoyo de organizaciones como el Instituto Cato y la Institución Hoover, Piñera es un buhonero que va por el mundo vendiendo la basura económica avalada por Train y su compinche de crimen, George Shultz. Ese respaldo es el que le ha dado a Piñera tanta notoriedad internacional.

La sola amistad de Train con Piñera —ambos “hombres de Harvard”— basta para investigar y denunciar la participación del primero, no sólo en la dictadura fascista y la operación de los escuadrones de la muerte de Pinochet, sino también en el plan de Bush para imponerle el “modelo” chileno a los EU.

Piñera ha lambisconado a George Bush tanto en privado como de forma pública diciéndole que la privatización del sistema de seguridad social de los EU es congruente con la “la experiencia americana” y con el “sentido común y valores del pueblo”. En una “Carta Abierta al Presidente de los Estados Unidos” del 4 de julio de 2002, en la que miente diciendo que el sistema de seguridad social de los EU está quebrado y hundiéndose como el Titanic, le escribió a Bush que la

privatización del Seguro Social “mostraría un verdadero liderazgo y se convertiría en su legado para todos los tiempos”. Piñera ha tenido reuniones con Bush al menos desde agosto de 1997, cuando éste aún era gobernador de Texas, para cabildear a favor de su plan.

Pero el chileno es muy explícito en afirmar que la privatización de las pensiones es parte de todo un paquete. En un discurso que dio en la Universidad de Boston en el 2001, subrayó que “fue introducida como parte de un conjunto coherente de reformas librecambistas radicales, que tuvieron una aplicación simultánea. . . En Chile, el mismo argumento aplicado al sistema de pensiones privado ya se ha ampliado, aunque de manera imperfecta, a las ramas de la salud y el desempleo”.

¿Y cuáles fueron los resultados? “Una redistribución radical del poder, del Estado a la sociedad civil, [que,] al convertir a los trabajadores en propietarios individuales del capital del país, ha creado un ambiente político y cultural más congruente con los mercados y con una sociedad libres”.

Esto significa eliminar cualquier responsabilidad del gobierno de defender el bienestar general, remplazándolo con un “ambiente cultural” que le dé rienda suelta a la “mano invisible” del mercado, y que el más apto sobreviva. Es este “ambiente” el que reduce a los hombres a la condición de animales.

Piñera también insiste que la creación de cuentas privadas de retiro ha llevado a un “ciclo virtuoso de liberalización comercial”, que prosperó independientemente de quién estuvo en el poder. En su lógica retorcida, los fondos de jubilación invertidos en el mercado “implican que cada trabajador es un capitalista” y, así, que “tiene un interés visible en la economía competitiva a nivel internacional”.

‘Larga vida al modelo chileno’

Lo que brilla por su ausencia en todos los artículos y discursos de autoencarecimiento de Piñera, es que lo que él llama la “verdadera revolución” de 1973–89 sólo pudo imponerse por la fuerza. Haciendo caso omiso a las pruebas abrumadoras de que el complot de golpe de Henry Kissinger, la CIA y otras agencias del Gobierno estadounidense que ocurrió aun antes de que Allende subiera al poder en noviembre de 1970, Piñera encubre el golpe de 1973 alegando que a los militares no les quedó otra “alternativa” que tumbar a Allende.

El 22 de agosto de 1979 una mayoría de la Cámara Baja del Congreso de Chile presentó una carta acusando a Allende de violar la Constitución y de usar métodos “totalitarios”. Como la Constitución de Chile no contaba con ninguna provisión para deponer legalmente a un presidente elegido, los militares tuvieron que actuar, escribe Piñera.

“Lamentablemente”, añade, “unos cuantos miembros de los servicios de inteligencia trasgredieron la ley y . . . cometieron violaciones a los derechos humanos en la lucha contra la

violencia política y el terrorismo”. Luego pasa a disculparse mencionando los artículos periodísticos que escribió mientras estaba en el gobierno, en los que denuncia torturas y violaciones a los derechos humanos.

Pero olvida añadir que la política económica de Pinochet, misma que él aplicó, representó una violación gigantesca a los derechos humanos, que en 1989 dejó al trabajador chileno promedio en condiciones peores que las de 1970. Como ministro del Trabajo (1978–80) se dedicó a destruir el código laboral de 1931, el cual, para su gusto, le ofrecía demasiadas protecciones a los trabajadores. Su reforma laboral de 1979 abolió el salario mínimo y dismanteló el otrora poderoso movimiento laboral organizado. Las negociaciones colectivas fueron eliminadas, al tiempo que la mayoría de los sindicatos desaparecieron por las restricciones que les impusieron.

Piñera se vanagloria de que el sistema de seguridad social privatizado es un éxito rotundo, que ha reducido la pobreza y el desempleo, y convertido a los chilenos en “propietarios de los activos productivos de la economía a través de sus cuentas para el retiro”, conocidas como AFPs (administradoras de fondos de pensiones). En su artículo “Larga vida al modelo chileno” explica que, por supuesto, siempre habrá pobres, al igual que siempre habrá ricos. “El crecimiento acelerado que elimina la pobreza también recompensa con salarios mayores a aquellos que son más productivos, creando así la ‘riqueza’”, explica Piñera.

Aunque Piñera también ayudó a privatizar la salud para crear algo parecido al sistema de administración de la salud de los EU, y reescribió las leyes que regulaban la minería en el país para favorecer a los inversionistas extranjeros, él siente que su labor todavía no termina. En 1990 creó su propio centro ideológico, Project Chile 2010, para defender y perfeccionar el “modelo”. Para el 2010, cuando Chile celebre el bicentenario de su independencia, la meta es haber avanzado en las reformas, de modo que el país tenga un sistema educativo totalmente privatizado —sin ninguna clase de educación pública—; privatizado en parte Codelco, la empresa cuprífera del estado; y consolidado un “nuevo paradigma del Estado” que sólo vigile las “funciones esenciales”, mientras que todo lo demás estará en manos del sector privado.

Piñera también ha dedicado gran parte de su tiempo a viajar por todo el mundo como loco, ofertando su modelo fascista a través de su International Center for Pension Reform. En su discurso del 2001 en la Universidad de Boston, titulado “Hacia un mundo de trabajadores capitalistas”, se jacta de haber creado un nuevo “G–8” de ocho naciones iberoamericanas que han emulado el sistema privatizado de pensiones de Chile, convirtiendo a la región en “un líder mundial en la reforma estructural de las pensiones”. Si México y El Salvador tienen éxito, predice, la “reforma a las pensiones se extenderá con rapidez al resto de Centroamérica”. El más “flojo” del continente es Brasil, se queja.

Piñera también se adjudica el hecho de que Polonia, Hun-

gría y Kazajstán empezaron a introducir cuentas privadas de retiro en los 1990, y que incluso Rusia y China pretenden efectuar reformas similares. Pero el verdadero reto, afirma, está en Europa Occidental, cuyas “élites políticas. . . hasta ahora no han querido emprender una reforma estructural de las pensiones”.

George Shultz, el hombre del ‘modelo chileno’ de fascismo

por Richard Freeman y Paul Gallagher

Nadie es más culpable de la ofensiva de privatizar y saquear el Seguro Social en los Estados Unidos que George Pratt Shultz, de la Bechtel, un “salvador” del Partido Republicano, reclutador del equipo de gobierno de George W. Bush conocido como “los Vulcanos”, y, al igual que Robert McNamara antes que él, un destacado “sicario económico” del orden financiero angloamericano en el ámbito internacional. Shultz fue el funcionario decisivo que, en agosto de 1971, instruyó al presidente Richard Nixon para que le pusiera fin al sistema monetario de Bretton Woods que Franklin Roosevelt creó para la posguerra. Fue el amo de los “economistas de Chicago” que rigieron el golpe de 1973 y la dictadura del general Augusto Pinochet en Chile. Y en 1981 Shultz le pidió al ministro fascista del Trabajo de Chile, José Piñera, quien acababa de privatizar el Seguro Social ahí, que le escribiera un memorando al presidente entrante Ronald Reagan sobre “cómo lo hizo Chile”. Éste fue el primer balazo, disparado hace 23 años, en la guerra contra el Seguro Social de Roosevelt en los EU. La red bancaria de Shultz y Piñera ha colaborado desde entonces, y, de hecho, el equipo de los “Chicago Boys”, del que Piñera era parte en el Chile de Pinochet, fue una criatura de Shultz y de su mascota, el economista Milton Friedman.

Shultz, en una entrevista con la televisora PBS el 2 de octubre del 2000, habló de la situación de Chile: “Las Fuerzas Armadas tomaron el poder, y no cabe duda que hicieron cosas innecesariamente brutales en el proceso; pero, no obstante, lo tomaron. . . Hubo una gente en Chile que vino a conocerse como los ‘Chicago Boys’; estudiaron economía en la Universidad de Chicago. . . Así, de forma gradual evolucionó en Chile una economía al estilo de la Escuela de Chicago. Y funcionó”.

Shultz vs. Roosevelt

La labor interna de Shultz para lograr que el presidente Nixon anunciara el 15 de agosto de 1971 que los EU abando-

narían el sistema de reservas de oro —por un sistema de tipos de cambio flotantes, el cual ha regido la “globalización” desde entonces— remachó los clavos del ataúd del sistema proteccionista de Bretton Woods de Roosevelt. Shultz le puso oficialmente fin a ese sistema con sus declaraciones en calidad de secretario del Tesoro de los EU, en la reunión anual del Fondo Monetario Internacional de septiembre de 1973, sólo dos semanas y media después de que el golpe de Pinochet instaurara el “modelo chileno” de economía fascista de Shultz, para exportarlo a todo el mundo.

Hoy Shultz dirige dos de los proyectos más importantes de los banqueros. Primero, con el equipo de los Vulcanos, en el que están Condoleezza Rice y Paul Wolfowitz —un equipo que Shultz armó para la presidencia de Bush hijo en el verano de 1998—, Shultz controla la política del Gobierno. Segundo, desde que Shultz maquinó la campaña de Schwarzenegger para gobernador de California en el 2003, ha dirigido el “Proyecto Hombre–bestia”, para convertir a Arnie en una fuerza viviente de corte hitleriano en los EU.

A George Shultz lo criaron para sentar la política oligárquica. Su padre, Birl Earl Shultz, era una figura de inteligencia importante en la operación angloamericana “Trust”. Shultz padre fue director de personal de la American International Corporation, ubicada en el 120 de la calle Broadway en Nueva York, empresa que era el centro neurálgico de la chicanería financiera angloamericana de la era de la Primera Guerra Mundial. En 1957 George Shultz entró a la Escuela de Chicago, donde llegó a convertirse en profesor de Economía de la Escuela de Graduados de Negocios de la Universidad de Chicago; también fue decano de la Escuela de Negocios de 1962 a 1968. En ese tiempo el Departamento de Economía floreció como el centro de mando estadounidense de la Sociedad Mont Pelerin de la oligarquía financiera, la cual predicaba el culto antirregulación y antigobierno al monetarismo especulativo. El Chile de Pinochet, con su totalitarismo fascista y su privatización y saqueo radicales del patrimonio nacional del país, fue la encarnación de la ideología de la Escuela de Chicago. No es de sorprender que la Universidad de Chicago de la era de Shultz le diera cobijo a los montpelerinistas neoliberales, al hitlerismo de Leo Strauss, y a los heraldos strausianos de los ideólogos nazis Martin Heidegger y Carl Schmidt.

Como agente de confianza de la Escuela de Chicago, Shultz recibió apoyo en 1969 para ingresar al entrante Gobierno de Richard Nixon como secretario del Trabajo, función que desempeñó hasta junio de 1970; luego, en su calidad de jefe de la Oficina de Administración y Presupuesto, presidió en medio de una austeridad brutal hasta mayo–junio de 1972; por último, fue secretario del Tesoro hasta junio de 1974. En mancuerna con el subsecretario del Tesoro para Asuntos Monetarios, Paul A. Volcker, Shultz controló y luego reemplazó al secretario del Tesoro John Connally. A Nixon lo indujeron en 1969 a aprobar el Memorando de Seguridad Nacional



George Shultz dominó la política económica con Nixon, fue secretario de Estado con Ronald Reagan, y es el arquitecto del “equipo” de gobierno de George W. Bush. (Foto: Stuart Lewis/EIRNS).

7, con el cual nació un grupo formalmente llamado “Grupo Volcker” dentro de su Gobierno, con el propósito de preparar los planes para cambiar la política monetaria. En mayo de 1971 este grupo emitió un documento llamado “Contingencia”, el cual proponía ya la “suspensión de la convertibilidad del oro”.

Como jefe de la Oficina de Presupuesto, Shultz usó el brote de crisis presupuestales y de la balanza de pagos en los EU para abrirse paso y aconsejar a Nixon en materia de política monetaria internacional. Tras una serie de crisis monetarias que empezaron con la devaluación de la libra esterlina británica en noviembre de 1967, Shultz y Volcker hicieron su movida. Según un documento del Departamento de Estado, “Política Monetaria Internacional de 1969 a 1972”, el 2 de agosto de 1971, y de nuevo el 12 de agosto, el presidente Nixon tuvo una encerrona con Shultz y Connally, en largas reuniones en las que urdieron la demolición del sistema de Bretton Woods. En cuanto al sistema monetario internacional, a Connally lo forzaron a presentar sólo las ideas de Volcker. Luego de dos semanas de reuniones secretas, que culminaron con dos días de reuniones en Campo David el 15 de agosto, el presidente Nixon anunció que estaba separando al dólar del sistema de reservas de oro. Nixon también anunció una política nacional de austeridad fascista, la cual era parte del mismo paquete.

En su libro *Economic Policy Beyond the Headlines* (La política económica más allá de los titulares), Shultz se regocijó en decir: “Y no sólo quedó aceptado que los tipos de cambio fijos eran claramente imprácticos para entonces, sino también que fuimos afortunados de tener andando un sistema de mercado flexible. Ése fue un trago amargo que algunos tuvieron que pasar. Para otros, incluyendo los EU, el nacimiento de

un sistema basado en el mercado fue visto como una mejora mayor que el sistema inflexible basado en el oro que precedió a lo de Campo David” (énfasis añadido). En junio de 1972 Shultz se autotituló secretario del Tesoro de los EU. En marzo de 1973, en una tensa reunión de ministros de Finanzas del G-10 en París, personalmente se encargó de eliminar cualquier apoyo a los tipos de cambio fijos. Shultz cacareó que “los mercados, más que los gobiernos, estaban explícitamente a cargo”.

Un ‘sicario económico’

En 1981 George Shultz, en su calidad de presidente de Bechtel Corp. y de asesor del equipo de transición del presidente Ronald Reagan, visitó a José Piñera, ministro del Trabajo a cargo del Seguro Social en Chile, quien impuso la privatización de éste a punta de bayoneta. Shultz obtuvo de Piñera un memorando sobre cómo privatizar el Seguro Social en base al modelo chileno. Piñera describe lo que sucedió en un documento de su sitio electrónico, con fecha de junio de 1981: “George Shultz, ex secretario del Tesoro y ahora asesor del presidente elegido Ronald Reagan, me visita en el Ministerio de Minería al frente de una gran delegación de Bechtel. Tras discutir asuntos de minería, se queda a solas conmigo por una hora y me pide que le explique a detalle nuestra reforma revolucionaria del Seguro Social. Al final, me pide que le escriba un memorando de una página sobre la reforma para dárselo a Reagan. . . Al día siguiente se lo mandé a su hotel. El Dow Jones está a 900 [puntos]”.

Al parecer Shultz no pudo convencer a Reagan, pero siguió trabajando en el asunto. Hoy está en la directiva del “Grupo de Trabajo del Seguro Social” del Comité de Política de los republicanos en el Congreso, encabezando la ofensiva para privatizar el Seguro Social, misma que George Bush pretende concretar de inmediato.

En su libro *Confessions of an Economic Hit Man* (Confesiones de un sicario económico), John Perkins, ex economista en jefe de la firma internacional de consultoría Charles T. Main, explica cómo los “sicarios económicos” que trabajan para las grandes instituciones financieras y otras firmas endeudan a los países en vías de desarrollo, y después usan esa deuda para sacarles concesiones militares y políticas; y para cometer genocidio, así como para devorar los recursos naturales del país.

En su descripción analítica, Perkins dice que George Shultz, tanto en su función de presidente de Bechtel (1975–1982) como de secretario de Estado de Ronald Reagan (1982–1989), hizo las veces de heredero de Robert Strange McNamara, como uno de los personajes principales en la nueva pirámide de poder imperial, misma que aprovechó la estructura de sicarios económicos para desangrar y aplastar naciones. Shultz empleó la fuerza para derrocar gobiernos, como el de Ferdinando Marcos de Filipinas en 1986 y los diversos ataques contra Panamá que culminaron con la invasión de 1989.

El 1 de octubre de 1982 el presidente mexicano José López Portillo, tras su valerosa imposición del control de cambios en defensa del crédito de México un mes antes, le dijo a la Asamblea General de las Naciones Unidas que el mundo tenía que cambiar el sistema monetario internacional (creación de Shultz), o entraría en “un nuevo oscurantismo medioeval”. El entonces secretario de Estado Shultz había hablado un día antes, el 30 de septiembre, y amenazado a las naciones presentes con que más les valía mantenerse a raya y pagar sus deudas al FMI.

Pero el poder de Shultz es más amplio que eso. El 25 de octubre de 1984, en un discurso que pronunció en la sinagoga de Park Avenue en Nueva York, Shultz, soñando con crear un imperio mundial, instó a los EU a adoptar una política de ataque preventivo, tal como la que podemos asociar con el vicepresidente Dick Cheney o el secretario de Defensa Donald Rumsfeld hoy día. Shultz alegó que los EU debían atacar primero: “El público tiene que entender el hecho de que algunos tratarán de realizar cualquier acción preventiva o de represalia nuestra en la peor de las situaciones. . . El público tiene que entender el hecho de que habrá ocasiones en las que su gobierno tiene que actuar antes de conocer todos y cada uno de los hechos”.

Los Vulcanos y Arnie

El que los banqueros le hayan confiado a Shultz los casos especiales de George W. Bush y Arnold Schwarzenegger, indica el nivel de supervisión y control que Shultz ejerce sobre todo el sistema.

En abril de 1998, en la casa de Shultz en Palo Alto, California, fue que nació e inició la campaña presidencial de George W. Bush para el 2000. Shultz aceptó presidir el Comité de Evaluación de la Campaña Presidencial de Bush; el segundo de abordo era Dick Cheney. A sabiendas de que “W” era uno de los individuos menos aptos para aspirar —ya no digamos llegar— a la Presidencia de los EU, Shultz formó un grupo que le diera forma a la *tábula rasa* de la mente de Bush. Una de sus integrantes, Condoleezza Rice, bautizó al grupo con el nombre de “Vulcanos”, pero fue Shultz quien lo dirigió y le dio su ideología neoconservadora. Desde el otoño de 1998 Shultz arregló que cada domingo por la noche Condi Rice y el straussiano Paul Wolfowitz (ahora el número dos del Departamento de Defensa) tuvieran una conferencia telefónica con Bush, entonces gobernador de Texas. Se sabe que, poco después, los guerreros de la Guerra Fría y zelotes del cabildo sionista Richard Perle y Dov Zakheim tenían conferencias telefónicas con Bush los lunes por la mañana. Así, Shultz desarrolló una red con la cual dictar la política de la Casa Blanca en coyunturas decisivas.

Un proceso parecido está en marcha con lo de Arnie, el “levantapesas tragaesteroides” importado de Austria, quien en una entrevista de 1977 dijo: “Yo admiraba a Hitler. . . porque llegó de ser un don nadie, con casi ninguna escuela,

al poder. Y lo admiro por ser tan buen orador, y por su forma de llegarle a la gente y demás”.

Pero, ¿cómo llegó Arnie a la gubernatura de California?

La estafa “Enron” de la electricidad desregulada del 2000–2001 en California, de casi 70 mil millones de dólares, llevó al desplome de la red eléctrica, a una crisis de la industria básica, y a la cólera de la población por el aumento en la facturación eléctrica. El círculo que incluyó a George Shultz canalizó esta ira en contra del gobernador demócrata Gray Davis. El 15 de agosto del 2003 Arnie apareció ante las cámaras para anunciar su campaña por la gubernatura durante el referendo; lo flanqueaban los jefes de su equipo de asesores George Shultz y Warren Buffet. A Buffet, quien administra uno de los fondos buitres más grandes del mundo, John Train de Wall Street lo ha aclamando como el “genio” del mundo de las inversiones.

El 17 de septiembre del 2004 Schwarzenegger anunció la creación de una Junta de Asesores Económicos, de 16 miembros, que le ayudará a “enfrentar los retos económicos que encara” California. Su presidente es George Shultz.

En un solo año de gobernador, Schwarzenegger ya disparó la deuda estatal de California en un 50% más, y laceró sus programas gubernamentales. Ahora Shultz prepara a Arnie para que sea el hombre–bestia en la Presidencia de los EU.

Como indica su registro histórico de 50 años, cuando el sistema está quebrado y la oligarquía necesita fuentes de saqueo con desesperación —como sucede ahora con el Seguro Social—, George Shultz es el hombre del “modelo chileno”.

La solución LaRouche

Mantener un Seguro Social fuerte con una economía física fuerte

por L. Wolfe y Nancy Spannaus

Cuando el Presidente Franklin D. Roosevelt aprobó la ley del Seguro Social el 14 de agosto de 1935, sólo un relativo puñado de ciudadanos estadounidenses estaba inscrito en fondos de pensión privados. Si no eras rico o no tenías una familia con recursos, ni tu ni tu familia tenían a dónde acudir al encontrarse en aprietos económicos, salvo la caridad. La mayoría de los estadounidenses enfrentaban un futuro lleno de dificultades financieras e incertidumbre, y “una vejez agobiada por la pobreza”, para usar la acertada descripción de Roosevelt.

Hoy, gracias al compromiso de Roosevelt con el principio



El Movimiento de Juventudes Larouchistas da la batalla contra la privatización del Seguro Social. (Foto: Stuart Lewis/EIRNS).

del bienestar general, uno de cada seis estadounidenses —casi 46 millones de personas— recibe las prestaciones del Seguro Social. El Seguro Social es más que un cheque mensual a la hora de jubilarse. Casi uno de cada tres beneficiarios no es jubilado; esas personas reciben prestaciones por discapacidad, como el seguro para los invidentes. Además, la Administración del Seguro Social aporta fondos a los estados para pagar seguros de desempleo, al tiempo que también administra financiamiento para los programas de salud Medicare y Medicaid.

Desde los 1970, la Administración del Seguro Social ha administrado la Seguridad de Ingreso Suplementario (SIS), el componente federal de lo que por lo general se denomina asistencia social; estos programas aún amparan a más de 6,5 millones de personas, a pesar de los esfuerzos de la ralea de gente que ahora promueve los programas de saqueo y privatización del presidente Bush para reducir o eliminar dichos esfuerzos. Según la Administración del Seguro Social, de los 6,5 millones de beneficiarios del SIS, 31% son ancianos, 56% discapacitados, y 31% niños discapacitados.

Y, no obstante, para la gran mayoría de los estadounidenses el Seguro Social es la única fuente de ingreso en su jubilación.

En el 2002 se gastaron más de 453 mil millones de dólares por concepto de prestaciones del Seguro Social, y casi otros 38 mil millones en prestaciones del SIS. En total esto equivale aproximadamente al 5% del producto interno bruto de los Estados Unidos.

Un fondo para las próximas generaciones

Al idear esta propuesta, Roosevelt y su equipo, encabezado por el secretario del Trabajo Frances Perkins, diseñaron el financiamiento a modo de explicar su concepto del principio del bienestar general que expresa el programa. En vez de retener una porción del salario del empleado para abonar a las



El presidente Franklin Roosevelt firma la aprobación de la ley para la creación de la Tennessee Valley Authority (Administración del Valle de Tennessee); los enormes programas de infraestructura de Roosevelt estaban conceptualmente ligados a su programa del Seguro Social.
(Foto: Library of Congress).

prestaciones futuras que recibirá él y nadie más, el impuesto al salario sería puesto en un “fideicomiso” que financiaría todo el programa sin ocasionar erogaciones adicionales del presupuesto general; al aporte del empleado lo acompañaría un aporte igual del empleador. Y lo más importante era que el control de estos fondos estaría en manos del gobierno federal y de nadie más.

Desde el principio, Roosevelt sabía del peligro de que los intereses financieros privados tratarían de echarle mano a los fondos del Seguro Social. En su discurso al pueblo estadounidense del 17 de enero de 1935, advirtió: “En tercer lugar, debe asegurarse una gestión financiera sólida de los fondos y las reservas, y la protección de la estructura crediticia de la nación, manteniendo el control federal de todos los fondos a través de los fiduciarios del Tesoro de los EU”.

El impuesto del Seguro Social a la nómina de los empleadores fue muy controversial, y el blanco de ataque de varios grupos financieros y empresariales. Roosevelt respondió que era “justo”, pues el bienestar y la riqueza del empleador los habían creado el trabajo de sus empleados; esos empleadores ahora tenían la obligación de ayudar a proveer la seguridad económica de quienes crearon su riqueza (como verán, el plan de Chile no grava a los empleadores).

El monto del gravamen había de fijarse lo bastante alto como para asegurar que hubiesra fondos disponibles, no sólo para pagarle a los contribuyentes, sino para cubrir a los estaban a punto de jubilarse pero que no habían hecho ningún aporte debido a que el programa aún no existía, o porque

habían inmigrado al país. El monto quedó fijado también de modo que aseguraría que los fondos serían suficientes para pagar las prestaciones actuales y el costo de la administración del programa, al tiempo que generaba un superávit. Así, las generaciones actuales aportaban para la generación de sus padres y de sus abuelos, así como para la de sus hijos, y la de los hijos de sus hijos.

Además de todas las consecuencias que tiene el programa de saqueo de la privatización de Bush, también destruye este sentido transfinito de responsabilidad por el bienestar general de las generaciones pasadas y futuras, y apela al sentido más limitado y egoísta de la relación de uno con la familia inmediata; para “mí y lo mío”.

Roosevelt le enseñó a los ciudadanos que su supervivencia y la de la nación estaban unidas y eran una sola; que cada estadounidense era responsable del bienestar de todos los estadounidenses, y que *su gobierno tenía el deber sagrado de mediar en esta responsabilidad y confianza compartidas.*

¡De veras funciona!

A pesar de las afirmaciones en contrario de la gente de Bush, el Seguro Social ha funcionado increíblemente bien. En total ha recaudado más de 4,5 billones de dólares, y a lo largo de los años ha pagado más de 4 billones, lo que significa que debiera contar con un superávit, aun ahora. Esto es aun más asombroso considerando que, en general, el Seguro Social desembolsa mucho más dinero a un beneficiario que lo ese beneficiario y sus empleadores aportan, así como que,

desde 1950, abona a los Ajustes al Costo de Vida en base a cálculos sobre el impacto de la inflación. Este logro se debe a pequeños ajustes a la tasa impositiva, aumentándola cuando ha sido necesario.

Como han señalado varios estudios, Bush miente cuando dice que el sistema no podrá cumplir con sus pagos para mediados de la próxima década. Pero hay un problema, que quizás surja en unos 35, 50 o más años, *si es que no hay cambios en ese tiempo*.

Ese problema se debe a una serie de factores relacionados con la estructura de la economía física, ninguno de los cuales corrige el plan de saqueo de Bush. En primer lugar, el cambio de paradigma posindustrial que ha llevado a la economía y al sistema financiero mundial al borde del desplome, ha creado una cantidad mucho mayor de los mentados trabajadores “independientes”, cuyos empleadores no están obligados a hacer aportes; esto ha reducido los aportes de estos empleos en 50%; además, el crecimiento de la “economía informal”, donde nadie aporta, también reduce el actual flujo de ingreso. Es más, hemos sufrido una “intervención” del fondo o fideicomiso, comenzado en los 1980, por parte de varios gobiernos de ambos partidos, que redujo el superávit disponible. Aunque existe la promesa de devolver esos fondos, no está claro el cómo ni el cuándo.

Entre tanto, el pueblo estadounidense crece más rápido que en el pasado reciente, lo cual echa por tierra algunos

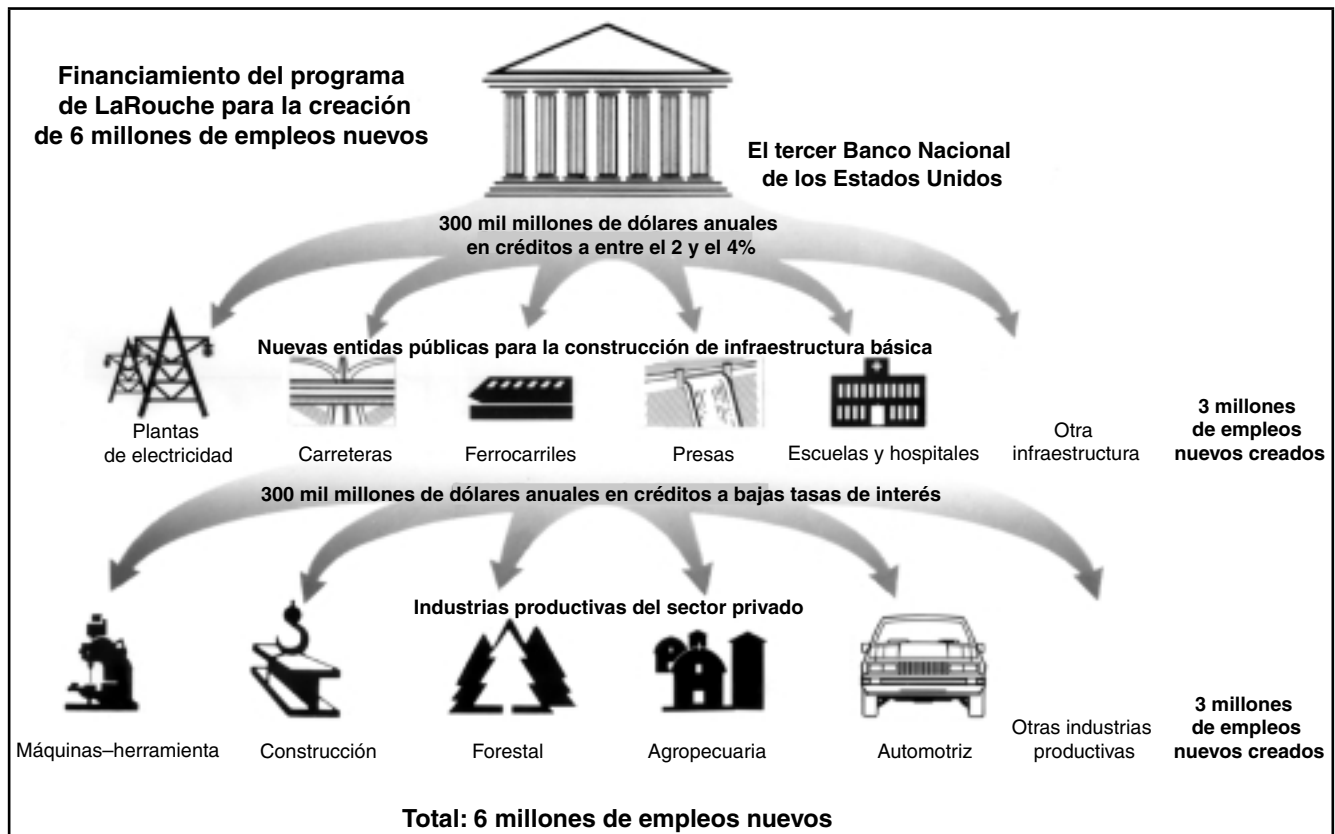
cálculos de la cantidad de beneficiarios que habrá en el futuro. Por otro lado, el aumento poblacional —si esa población ha de trabajar— en última instancia hará que más personas aporten al fondo, proveyendo para las jubilaciones.

La solución está en arreglar la economía

La garantía de contar con un programa del Seguro Social fuerte, reside estrictamente en expandir la economía física mediante el fomento del progreso científico y tecnológico. En los últimos 30 años, lo que ha debilitado al sistema del Seguro Social ha sido el desmantelamiento de la economía física en todas las áreas decisivas, y en especial el no haber reemplazado y mejorado la infraestructura vital en los renglones de transporte, energía y agua. El desplome en estos renglones ha provocado caídas en la productividad física real, en contraste con las “bonanzas” monetarias aparentes creadas mediante recortes salariales, al mantenimiento, y a las necesarias inversiones de largo plazo.

Además del deterioro físico, por supuesto, los banqueros y sus lacayos en el gobierno han apilado una deuda enorme sobre una economía cada vez más incapaz de pagarla. Este proceso nos ha llevado al borde de la quiebra, no del sistema del Seguro Social *per se*, sino de todo el sistema financiero. Es el sistema el que está quebrado, no el Seguro Social. Y el sistema puede arreglarse.

La única solución a esta crisis es el programa de Lyndon





Moderno comedor de asistencia; la clase de pobreza que el programa de empleos e infraestructura de Lyndon LaRouche pretende extirpar, tal como lo hizo Roosevelt antes. (Foto: Warren Quesnell/EIRNS).

LaRouche para efectuar una reorganización por bancarota, seguida por la emisión de crédito respaldado por el gobierno federal dirigido a un programa a gran escala de construcción de infraestructura, para empezar a reconstruir la economía. LaRouche calcula que semejante programa creará 10 millones de empleos nuevos casi de inmediato, tanto en proyectos públicos como privados, y en las industrias que tendrán que abastecerlos de insumos.

Casi pueden oír gritar al demócrata común y corriente, y ni hablar del republicano: “¡No podemos darnos ese lujo!” Eso es porque no entiende los principios básicos de la economía física planteados por LaRouche, o siquiera las bases en las que Roosevelt sentó su programa de recuperación.

El progreso económico, al igual que el Seguro Social, depende de inversiones de largo plazo, de inversiones que sólo darán frutos en una generación o más. Así como uno no espera que un bebé “se sustente por sí mismo” o que contribuya a la sociedad en menos de unos 25 años, tampoco esperas un “reembolso” inmediato por una inversión en una planta de electricidad, una represa o una planta de tratamiento de aguas. A la larga la sociedad recogerá los frutos de esta infraestructura, pero pueden hacerlo sus hijos o incluso sus nietos, no ustedes. De ahí lo apropiado y necesario del crédito respaldado por el gobierno, que a la larga puede recuperarse mediante ingresos fiscales mayores.

Si bien Roosevelt no relacionó directamente su programa del Seguro Social con los de infraestructura, estaban no obstante relacionados en términos conceptuales. Roosevelt emprendió proyectos enormes, como la red de represas, plantas eléctricas y sistemas de irrigación de la Tennessee Valley Authority (Administración del Valle de Tennessee), con la comprensión de que crearían ingresos y prosperidad en el

futuro. Esa mayor prosperidad le permitiría a los EU, entre otras cosas, hacerse cargo de aquellos miembros de la sociedad que no pudieran sostenerse por sí mismos, como los ancianos, los enfermos y los desempleados.

Hoy el gobierno puede emitir crédito del mismo modo, para emprender tales proyectos. Como con la NASA, cuya inversión en el programa Apollo se calcula le retribuyó a la economía estadounidense en una proporción de 14 dólares por uno, donde las prestaciones laborales en trabajos con un sueldo decente, y la eficiencia física de la economía —mediante mejoras tales como trenes rápidos que reemplacen los embotellamientos de tráfico, o electricidad confiable en vez de apagones— retribuirán por mucho las inversiones requeridas para lograrlas.

Por supuesto, este programa no puede llevarse a cabo a menos que haya una reorganización del sistema financiero actual en quiebra, congelando montones de deuda especulativa, y poniendo en vigor nuevas disposiciones que asegurarán que el nuevo crédito vaya a ciertos proyectos específicos, que se mantenga a una tasa de interés realmente baja (de entre el 2% y el 4%), y que no lo absorba el sistema financiero especulativo que ahora desangra la riqueza nacional.

El programa de recuperación de LaRouche insta precisamente a instaurar dichas medidas, al tiempo que insiste en cumplir con los compromisos vigentes como el Seguro Social y Medicare. Asimismo, exhorta a las naciones a negociar para restaurar el proteccionismo y los tipos de cambio, y a crear las condiciones necesarias para establecer nuevos acuerdos de cooperación económica internacional estables y mutuamente beneficiosos.

Para salvar al Seguro Social, ¡reconstruyamos la economía! ¡Ahora!